



NÚRIA PRADAS



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2020, Núria Pradas, por el texto
© 2025, Roser Vilagrassa, por la traducción
© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Ignasi Font

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-1086-008-7

Depósito legal: B-14732-2025

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera
sostenible.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección
General del Libro, del Cómic y de la Lectura



Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

1. Ese era yo

Yo soñaba con ser el mejor periodista de investigación del mundo. Creía que no había historia (por escabrosa que fuera, por muchas dificultades que entrañara) que pudiera resistirse a mi olfato periodístico, a mi mente escrutadora, a mi pluma ágil.

Iba a comerme el mundo. Durante un tiempo (ahora puedo afirmar que una especie de suerte disfrazada de casualidad ayudó más que mis capacidades innatas), un espejismo se instaló en mi vida y me hizo creer que los sueños se estaban convirtiendo en realidad.

Me topé con una buena historia y todo marchó a pedir de boca. Escribí un reportaje que vendí a un medio de comunicación importante.

Muy importante.

La repercusión mediática fue inmediata. Mi nombre empezó a sonar y se referían a mí como «la joven promesa del periodismo».

En aquel momento, embriagado por el éxito, no se me ocurrió pensar que a menudo las promesas no se cumplen. Y que, en ocasiones, algo que parece que va a emerger se queda sumergido.

Recibí un premio. Y creí que había alcanzado la cumbre.

¡Menudo iluso!

Ufano como me sentía, seguro de mí mismo y de mis capacidades, no tardé mucho en publicar el segundo reportaje. Ignoré que ese momento de mi vida exigía más precisión que nunca. Que no podía dormirme en los laureles. Preparé aquel trabajo de forma precipitada, porque estaba convencido de que el tiempo apremiaba y me importaba más vender que informar.

Me lo pagaron bien. Pero fue un fracaso absoluto.

Las malas críticas me atacaron como dardos envenenados. El globo se deshinchaba y otros nombres empujaban con fuerza. Nuevas firmas con más méritos o, simplemente, nuevas promesas que disfrutaban de su momento de suerte, como yo había disfrutado del mío.

Así, me convertí en un periodista del montón, cuyo nombre sonaba o había sonado en algún momento.

Y un nombre no vale nada.

Nunca he sido una persona humilde. No he nacido para interpretar el papel de perdedor. El sabor del triunfo es difícil de olvidar, y las oportunidades (por así decirlo) que los medios de comunicación nos ofrecen hoy para alcanzar un éxito rápido, una popularidad fácil, son tentadoras.

Pronto me vi como un contertulio televisivo en progra-

mas de calidad nula, en los que la ética periodística brillaba por su ausencia.

Ahora mi nombre no solo era conocido: también lo era mi rostro.

Firmaba autógrafos por la calle y me compraba ropa de marca. Sin embargo, no estaba satisfecho. Sabía que aquello no era lo que perseguía. Y como esa certeza me dolía, la enterré en lo más hondo de mi corazón, en un lugar remoto del que no pudiera emerger para recordarme el fracaso más flagrante de mi vida.

Los periodistas de verdad, los que habían creído en mí, dejaron de hacerlo. Y aquellos lectores que podrían haber sido leales si hubiera tenido más paciencia, si hubiera seguido mi camino, se desvanecieron como el humo.

Y es que la lealtad de los lectores no se obtiene sin más, hay que ganársela y mantenerla.

Ese era yo (Joel Traver, experiodista de investigación, contertulio de programas basura, aspirante a escribir grandes reportajes) cuando aquella chica me disparó por la espalda su pregunta en medio de la calle una cálida tarde de mayo.

2. Tengo el caso que buscas

—¿Eres Joel Traver? ¿El periodista?

Le respondí que sí, que yo era Joel Traver, el periodista. Ella no dijo nada. Se limitó a perforarme un poco más con aquellos ojos tan negros que después bajó para mirar el suelo.

La observé con detenimiento. Llamadlo deformación profesional.

Era joven, muy joven. Seguramente no llegaba a los veinte años. Quizá, pensé después de un segundo examen más detenido, su figura frágil y delicada contribuía a esa sensación de extrema juventud: la baja estatura, las formas infantiles del cuerpo desprovisto de curvaturas sensuales, la palidez casi enfermiza del rostro. Y la manera de vestir, toda de negro, con una sudadera con capucha muy poco adecuada para aquellos días de calor casi estival.

Dudé. Lo cierto es que parecía más joven de lo que había pensado al principio. Cuando empezaba a temerme

que fuera apenas una estudiante de bachillerato un poco gótica y rarita que buscaba el autógrafo de un rostro popular, volvió a hablar. Al hacerlo, desestimé aquella idea y regresé a mi primera impresión, porque su voz traslucía madurez. Una seguridad que fluía desde muy adentro. Una seguridad perceptible en su forma de mirarme al hablar.

Casi podía afirmar que la mirada de esa chica era la de una vieja. ¡No! Tal vez era más exacto decir que estaba exenta de edad. Desde luego, no era la de una adolescente.

—Y ahora no tienes trabajo, ¿verdad? O sea, un trabajo que te guste.

Me sentí atacado. Insultado. Mi ego me hizo registrar aquella afirmación no como una constatación, sino como una impertinencia. ¿Qué iba a saber aquella rarita de mí y de los trabajos que me gustaban o no? ¿Cómo podía consentirse que la gente fuera por el mundo metiéndose en la vida profesional de los demás, escupiéndoles a la cara sus secretos más ocultos?

¿Qué iba a saber una desconocida de mis expectativas no cumplidas, de mis deseos ocultos bajo una frágil capa de popularidad superficial?

¡Con qué rapidez pasaron todas aquellas reflexiones por mi cabeza!

Y cuánto me dolió aquella pregunta, tan corta, tan directa. Tan clara.

Estaba a punto de inventarme toda una historia de éxitos y encargos que me esperaban a la vuelta de la esquina para burlarme de ella. Pero no me dio tiempo.

—Tengo un caso que exige un buen investigador. Es el caso que buscas.

Me entraron ganas de reír. Ahora resultaba que la chica en cuestión era una experta en investigación periodística. Y, además, sabía mejor que yo mismo lo que me convenía.

Lo más lógico habría sido dar media vuelta y olvidar el asunto, a la chica y la sudadera negra.

Sin embargo, no sé por qué (o tal vez sí, porque en mis adentros aún quedaba un rescoldo de curiosidad periodística), me sorprendí preguntándole:

—¿Qué tipo de caso?

3. Un banco frente al mar

La invité a tomar un café. Pero ella me dijo que no le gustaban los lugares demasiado concurridos.

—¿Así que nunca vas a discotecas?

No se dignó a contestarme. Echó a andar y tuve que apretar el paso para alcanzarla.

Anduvimos un buen rato en absoluto silencio, uno al lado del otro. La situación me incomodaba.

A ella no.

Al fin, llegamos al paseo marítimo. Soplaban un viento más fresco que en el centro de la ciudad, donde nos habíamos encontrado. Un aire perfumado de olores marinos que hacía mucho tiempo que no respiraba. Y es que soy un urbanita convencido y practicante. Solo acostumbro a pisar asfalto.

Se sentó en un banco de cara al mar y yo hice lo mismo.

No negaré que me entraron ganas de reírme. La situación era cómica; un poco friqui. Yo, un periodista televisi-

vo supuestamente ocupado, una tarde de mayo, mirando el mar, cosa que no hacía nunca, junto a una absoluta desconocida que parecía haberse olvidado de mi presencia.

Pensé que había cometido una estupidez, que lo mejor era despedirme de la manera más educada posible y meterme en un taxi que me devolviera al meollo de la ciudad, porque los pies me dolían del paseo.

Entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, volvió a hablar.

–¿Siempre tienes tan poca paciencia?

¡Aquello ya era demasiado!

–No, bonita; lo que pasa es que no tengo tiempo para...

–Entonces, ¿por qué me has seguido hasta aquí? ¿Por qué no me has mandado a freír espárragos hace media hora?

Tocado y hundido.

Si en vez de ser un mal periodista hubiera sido un buen guionista, de aquella situación habría salido una película impresionante. Una película digna del Woody Allen de la mejor época.

La chica volvió a mirarme de aquella forma que removía algo en mi interior, algo secreto y angustioso.

–Yo no te obligo a nada, ¿sabes? Pero tú eres un buen periodista y yo tengo un caso que hay que investigar.

Tuve que hacer un esfuerzo para poder decir algo más o menos coherente.

–Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Hay alguien grabando con el móvil y luego colgarás esta especie de conversación estúpida en Facebook, ¿no? Cómo he podido ser tan...

–¿Sabes quién es Eduardo Aimamí?

Me la quedé mirando con suficiencia.

–Pues mira, sí, esa respuesta me la sé. Porque resulta que este tipo es bastante conocido. Hace semanas que su cara está por todas part...

–Es un asesino.

Si no me levanté fue porque me quedé clavado en el banco.

–Eduardo Aimamí es un asesino. No tengo ninguna duda. Solo necesito que alguien como tú lo demuestre.

No dije nada. Además de inmóvil, me había quedado mudo. Se decían muchas cosas de Eduardo Aimamí. Sin embargo, esta era nueva. Nueva y brutalmente increíble. De hecho, lo que acababa de oír era tan alucinante que decidí hacerme el longuis.

–Vale. Ya veo que no te interesa –me dijo.

Se levantó, hundió las manos en los bolsillos de la sudadera negra y empezó a alejarse.

–¡Espera! –reaccioné por fin.

Se dio la vuelta. Muy despacio.

–¿No pretenderás que asimile todo eso en segundos, no? Tienes que entender que cuesta creerlo, que es...

No sabía qué decir. Sospechaba que algo en todo aquello iba más allá de la pura comprensión racional. Dentro de mí se abría paso una intuición que me decía que aquella chica no bromeaba.

O, tal vez, solo era que el poder capta la atención de cualquiera. Y si ese cualquiera es un periodista, ya está todo dicho. El poder, claro está, era Eduardo Aimamí.

–Te entiendo. Aún no sabes si me quieres ayudar...

Dejó la frase en el aire, como si aquellas palabras no fueran adecuadas y buscara otras.

–Si quieres investigar el caso, te esperaré aquí mañana a la misma hora. Mañana.

Y empezó a alejarse.

–Espera, mujer... ¿Cómo te llamas?

Negó con la cabeza y su figura negra, encapuchada, frágil, menuda, se fue empequeñeciendo hasta desaparecer del todo.

No hablaré de los dilemas internos en los que me vi inmerso aquellas veinticuatro horas. Sabía de sobra que siempre hay que tener mucho cuidado con el poder. Y con los poderosos.

Fueron horas intensas. Una noche sin dormir. Dudas. Todos conservamos en el recuerdo alguna situación como esta. Debemos decidir sobre algo a lo que damos vueltas y vueltas y, en cuestión de segundos, pasa de parecernos la oportunidad de nuestra vida a convertirse en humo, en agua de borrajas, en una bobada. Llegados a este punto, el ciclo vuelve a empezar.

Hasta el infinito.

Hasta que, casi siempre, el tiempo, el cansancio o una intuición misteriosa y oportuna deciden por nosotros.

Fuera como fuese, al día siguiente por la tarde yo estaba sentado en un banco frente al mar.

4. Ella

Hacía tiempo que le decía a su madre que ella no servía para estudiar. Sin embargo, no era verdad. No del todo. Simplemente, no quería hacerlo. Le parecía una pérdida de tiempo, porque en su casa lo que necesitaban era llegar a fin de mes.

Ella y su madre estaban solas. Su padre había muerto hacía tiempo con tan solo cuarenta y cinco años. Pero su madre no levantaba cabeza. No se recuperaba. Vivía por vivir. Tal vez, por no abandonarla.

Lo cierto es que ya no tenía nada que ver con la persona alegre de las fotografías del álbum olvidado y proscrito en la habitación. El que de vez en cuando hojeaba a escondidas para no olvidar el rostro de su padre. Para recordar la risa de su madre. Para verse a sí misma de pequeña, protegida entre aquellos brazos que ya no existían.

Estaba harta de todo. De pasar penurias. De no saber qué hacer con su vida. ¡Y del instituto! Aunque no era

mala estudiante, pese a haber repetido algún curso, tenía la convicción de que aquel no era su camino.

Hasta que se plantó. Ya no podía más.

–Mamá, no nos hacen falta títulos, sino dinero. ¿No ves que te matas limpiando pisos por cuatro monedas? Te pasas el día trabajando y ni siquiera salimos adelante –le soltó una tarde mientras la mujer se desvestía maquinalmente en su dormitorio al volver del trabajo, sin fuerzas, con la amargura trabada en la voz.

–Ya soy lo bastante mayor para trabajar.

Le hablaba con rabia, con frialdad, sin mover un solo músculo del cuerpo. Y aquel nudo que atenazaba la voz de su madre se iba deshaciendo y le empañaba los ojos.

–¿No ves que solo nos tenemos la una a la otra? Ya tengo dieciséis años, mamá. Quiero trabajar. Así podremos vivir más desahogadas. Y a lo mejor hasta puedes dejar el trabajo de las tardes.

Intentó sonreír. Sin embargo, estaba tan poco acostumbrada que solo le salió una mueca rasgada.

–Incluso podríamos darnos algún capricho de vez en cuando.

Su madre le acarició la frente con ternura y se dejó vencer. Ella tampoco podía más. Había hecho lo posible por que aquella situación no salpicara a su hija. Por que pudiera seguir estudiando, tener un buen futuro. Aunque había sido en balde. La necesitaba para salir adelante. Era verdad: solo se tenían la una a la otra.

Una tía suya que trabajaba en un edificio de oficinas del barrio le encontró trabajo. Necesitaban chicas para el turno de limpieza de noche. Cuanto más jóvenes, mejor,

porque las más mayores o las que estaban casadas y tenían hijos no aguantaban aquellos horarios.

Al volver a casa el primer día, de madrugada, su madre la esperaba despierta. Le había preparado un buen desayuno. Se había propuesto recibirla con una gran sonrisa. Sin embargo, en cuanto la vio entrar por la puerta tuvo que taparse el rostro con las manos y se esforzó por reprimir un sollozo.

—¡Ay, hija! ¡Que tenga que verte así! ¿Por qué nos ha ido todo tan mal?

Pero ella estaba contenta. Casi feliz.

—¡Mamá! ¡No vengo de la guerra! Solo es un trabajo. ¡Es que eres muy peliculera!

Una semana después, la que lloraba al volver del trabajo era ella. O casi. Estaba baldada. Echaba de menos el *dolce far niente* del instituto. Aunque disimulaba delante de su madre. Su sueldo les iría muy bien. No podían renunciar a esos ingresos.

El trabajo en el edificio de oficinas también tenía cosas buenas. Casi todas las trabajadoras eran chicas jóvenes, aunque ella era la más pequeña del grupo. Además, la mayoría eran espabiladas y listas, salvo un par de mosquitas muertas con las que era preferible no tener trato.

Enseguida se juntó con Asunta y María.

Asunta tenía veinte años, y María, dieciocho. Asunta era habladora y extrovertida. Le gustaba canturrear mientras trabajaba y siempre tenía alguna historia que contar. No podía decirse que fuera guapa, pero llamaba la atención. Quizá porque, más que maquillarse, le gustaba decorarse. Todo en Asunta era excesivo: la ropa, el maquillaje, las palabras...

Ella no acababa de entender cómo Asunta y María podían ser tan amigas. Porque María era casi lo opuesto: tan reservada que casi rozaba el misterio. Y tan bonita, con aquellos ojos dorados y grandes que te cautivaban, que para llamar la atención le bastaba con una mirada.

Tenía que reconocer que se había dejado deslumbrar por aquellas dos chicas tan diferentes y se había enganchado a ellas como una lapa a una roca. Aunque, evidentemente, de quien más aprendía era de Asunta.

Cierto era que ella había salido con algún chico del instituto. Sin embargo, ¡Asunta les contaba cada cosa! María siempre escuchaba esas batallitas en silencio. Y ella alucinaba.

Por eso, cuando Asunta las invitó un domingo a salir con su grupo de amigos, no dudó ni un instante en aceptar. Pensó que su vida cambiaría gracias a aquellas nuevas amistades. Que estaba a punto de entrar de lleno en el mundo de los adultos. Sentía que estaba animada. Feliz.

La realidad fue una decepción considerable.

5. Eduardo Aimamí

En aquella época, Eduardo Aimamí era un político en ascenso. Con cincuenta y tres años, se había forjado una carrera política meteórica y, al parecer, irreprochable, sin fisuras.

Tras dar sus primeros pasos en el mundo empresarial, llegó a ser director general de una de las sociedades financieras más importantes, la Red Económica Catalana. Desde allí había llegado a la gestión pública trabajando en el Área de Transportes del Ayuntamiento de Barcelona en un momento en el que este era un asunto espinoso y difícil para la ciudad. Su mano de hierro se hizo notar.

Hombre ambicioso, no opuso límites a su ascenso. Se dejó tentar por más de un partido e incluso militó en las filas de uno de los grandes.

No siendo esto suficiente, fundó su propio partido, Democracia en Marcha, una fuerza política pretendidamente renovadora y decididamente conservadora que reclutó ca-

ras muy conocidas no solo del mundo de la política, sino también de la cultura, y que enseguida se situó entre las fuerzas vivas del panorama político del país.

Ahora quería volver al Ayuntamiento. Pero como alcalde.

Según marchaban la campaña y las encuestas a tan solo un mes de las municipales, todo apuntaba a que podría conseguirlo.

La faceta social del candidato a la alcaldía tampoco pasaba desapercibida.

Eduardo Aimamí era un hombre de piel blanca, dientes blancos y camisas muy blancas. Todo él era de un blanco deslumbrante. Un hombre de elegancia innata y maneras exquisitas, con carisma de líder y sonrisa de anuncio de dentífrico. Un hombre con encanto. Que abusaba de su encanto.

Transpiraba seguridad cuando hablaba con los medios. Era imprescindible en cualquier fiesta que aspirara a convertirse en un acontecimiento. Su presencia era requerida en toda clase de actos sociales, aunque él sabía escoger y acudía allí donde debía. Siempre lo acompañaba su esposa: una guapa mujer rubia igual de elegante, deslumbrante y risueña que él.

Decididamente, el perfil de Eduardo Aimamí no encajaba con el de un asesino. O, cuando menos, con la imagen que solemos tener de ellos.

Entonces, ¿qué hacía yo sentado en la playa, delante del mar, viendo cómo rompían las olas, esperando a una chica extraña y huidiza que había adjudicado al candidato el único adjetivo que nadie habría osado atribuirle jamás?

No tenía ninguna respuesta lógica. Y me sentía imbécil.

En mi interior más recóndito se estaba gestando y crecía por momentos un nerviosismo inquietante...

Todas las alarmas de mi cerebro periodístico se habían disparado.

Núria Pradas

Núria Pradas Andreu nació en el barrio barcelonés del Poble nou, al ladito del mar. Estudió Filología Catalana y enseguida comenzó a trabajar en lo que más le gustaba: enseñar, labor a la que dedicó muchos años de su vida profesional. Empezó a escribir por curiosidad, porque hacía teatro con sus alumnos y alumnas y necesitaban obras para representar. Del teatro pasó a la novela, y ya no ha parado. Lleva escritas unas sesenta obras y ha ganado algún que otro premio; entre otros, el Carlemany y el Ramon Llull.

Cuando alguien le pregunta por qué escribe, ella siempre responde lo mismo: «Ahora no podría hacer otra cosa. Todavía me quedan muchas historias por contar».

Bambú Grandes Lectores

Bergil, el caballero perdido de Berlindon

J. Carreras Guixé

Los hombres de Muchaca

Mariela Rodríguez

El laboratorio secreto

Lluís Prats y Enric Roig

Fuga de Proteo 100-D-22

Milagros Oya

Más allá de las tres dunas

Susana Fernández Gabaldón

Las catorce momias de Bakrí

Susana Fernández Gabaldón

Semana Blanca

Natalia Freire

Fernando el Temerario

José Luis Velasco

Tom, piel de escarcha

Sally Prue

El secreto del doctor Givert

Agustí Alcoverro

La tribu

Anne-Laure Bondoux

Otoño azul

José Ramón Ayllón

El enigma del Cid

M.^a José Luis

Almogávar sin querer

Fernando Lalana,

Luis A. Puente

Pequeñas historias del Globo

Àngel Burgas

El misterio de la calle de las Glicinas

Núria Pradas

África en el corazón

M.^a Carmen de la Bandera

Sentir los colores

M.^a Carmen de la Bandera

Mande a su hijo a Marte

Fernando Lalana

La pequeña coral de la señorita Collignon

Lluís Prats

Luciérnagas en el desierto

Daniel SanMateo

Como un galgo

Roddy Doyle

Mi vida en el paraíso

M.^a Carmen de la Bandera

Viajeros intrépidos

Montse Ganges e Imapla

Black Soul

Núria Pradas

Rebelión en Verne

Marisol Ortiz de Zárate

El pescador de esponjas

Susana Fernández

La fabuladora

Marisol Ortiz de Zárate

¡Buen camino, Jacobo!

Fernando Lalana

La montaña del Infierno

Marisol Ortiz de Zárate

Cómo robé la manzana más grande del mundo

Fernando Lalana

El canto del cisne

Núria Pradas

Montgomery Bonbon. Asesinato en el museo

Alasdair Beckett-King /

Claire Powell

La llave de plomo

Carlo Frabetti

Montgomery Bonbon. Muerte en el faro

Alasdair Beckett-King /

Claire Powell

Ella

Núria Pradas



Joel Traver era considerado la joven promesa del periodismo de investigación, pero su desmesurada ambición acabó de golpe con sus aspiraciones. Ahora, convertido en un maniático de las dietas, arrastra su fracaso por las tertulias televisivas. Parece que nada puede cambiar su futuro profesional, pero entonces aparece ella y le dice que sabe de un caso que necesita un buen investigador: el candidato a la alcaldía de Barcelona es un asesino. ¿Qué hará Joel Traver?

DECISIÓN + JUSTICIA + INTEGRIDAD

